



**UNCUYO**

UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS



DEPARTAMENTO DE  
APLICACIÓN DOCENTE

2010 Año del Bicentenario  
de la Revolución de Mayo

**CHE, MAESTRA.  
RELATOS DE EXPERIENCIAS  
EDUCATIVAS**

“ANGEL”

MARIA BELÉN CAIRO SASTRE

**María Belén Cairo Sastre. “Ángel” en *Che, maestra. Relatos de experiencias educativas*. Editorial De los cuatro vientos. Buenos Aires. 2005.**

Tuve un Ángel. Explico: tuve, no hace mucho tiempo, un alumno adolescente de nombre Ángel. La escuela está ubicada en Laferrere, Partido de la Matanza, provincia de Buenos Aires y es un Centro de Enseñanza de Nivel Secundario que funciona en horario nocturno.

Haciendo abuso de la paradoja, este Ángel era un verdadero Demonio. Recuerdo, con nitidez inusual, las primeras clases: yo trataba de presentar la asignatura y de tentarlos con sus contenidos, leía fragmentos apasionantes que dejaba inconclusos, recitaba poemas provocadores y disfrutaba de sus carcajadas de asombro y vergüenza. Recitaba fuerte, recitaba y no leía. Él, Ángel, un primor: lanzaba acotaciones grotescas en medio de la clase, bostezaba escandalosamente y, los días de mayor tranquilidad, en los que se calzaba los auriculares, soportábamos sus eléctricos movimientos y un susurro estrepitoso y lejano de cumbias. Como se admitirá, la situación (que además se agravaba día a día) era insostenible para el desarrollo de una clase. Mis solícitos pedidos de decoro ocasionaban en él respuestas escandalosas que, para colmo, promovían la dispersión del grupo. Y *¿Qué quiere? Si Usted se hace la poeta*. Juntando todas las yemas de los dedos de la mano derecha las movía enérgicamente hacia arriba y hacia abajo. Le pedí que se sentara más adelante y aceptó.

Yo tenía la esperanza de poder contenerlo mejor si estaba más cerca porque se había ubicado, desde el primer día, al final de la hilera izquierda, donde los bancos se agrupan de modo tal que cierran el pasillo y resulta imposible acceder con el deambular característico que nos surge a los docentes cuando explicamos un tema o leemos en voz alta. Ángel aceptó sentarse en el segundo banco de su misma hilera pero no modificó en lo más mínimo sus actitudes. Cada día, antes de comenzar mi clase, pensaba qué estrategia podía poner en juego a la hora de abordarlo: en algunas ocasiones intentaba el enojo, en otras el discurso largo y la explicación, el cariño, la fraternidad, la simpatía, la furia.

Un día, después de muchos intentos, me cansé. Y ante su primera interrupción –profanando la psicología de adolescentes que alguna vez leí -me levanté las mangas de la camisa mientras me acercaba a él resueltamente y mirándolo a los ojos le dije, con seriedad, *O te dejás de joder o esto lo resolvemos en la esquina, a la salida...* Ángel mide más de un metro ochenta, tiene unos rulos negros y brillantes que le atraviesan los hombros (separados a fuerza de cargar baldes con escombros) y fundamentalmente, se sabe superior a muchos a la hora de resolver los problemas a los golpes; de modo que me miró a los ojos con supremacía, sonrió levemente levantó las dos palmas abiertas, inclinó hacia abajo la cabeza sin dejar de mirarme y, con la generosidad larga de quien se siente seguro dijo: *Todo bien Profesora*. Desde aquella noche de otoño incipiente jamás volví a tener un alumno tan incondicional: mi lenguaje se había alejado del discurso jactancioso de siempre para acercarse al que se utiliza para nombrar, no para engañar o fascinar. Ángel había fracasado en reiteradas circunstancias dentro del circuito educativo. Era la cuarta vez que empezaba Primer Año (las dos primeras en diferentes instituciones) y, entre uno y otro intento, había hecho changas de albañilería y otros trabajos tan precarios que, a poco de andar buscándolos inútilmente por la calle, empezó a robar.

Supe que robaba después de tenerlo durante un año como alumno, ya nos conocíamos y queríamos lo suficiente como para que no nos avasallara el prejuicio, ya intentábamos el código del otro para comunicarnos y nos salía bastante bien (aunque él no aprobara mi asignatura ni yo pudiera descubrir la veracidad de sus narraciones orales). Revivo claramente el momento en el que lo supe ladrón y, a más de ladrón, asesino.

Fue una noche de un calor especialmente pegajoso, los mosquitos hostigaban con duros picotazos y, junto a un grupo de alumnos jugábamos ironías verbales respecto del Dengue, a falta de una verdadera protección, a sobra del miedo que las campañas publicitarias infundían en lugar de erradicar la calamidad. Ángel era de los pocos jóvenes que llevaba una campera de jean puesta; si digo joven es sólo para diferenciarlo de algún modo de las alumnas mayores, que nunca van a la escuela sin un saquito puesto o colgado prolijamente en el antebrazo, por si refresca. Para iniciar un diálogo de recreo le pregunté si no tenía calor, a la vez que hice un breve gesto para correrle la campera. Tenía el mango marrón, inconfundible, de un arma saliendo de la cintura. Llevaba una remera negra con enormes y coloridos dibujos estampados. Yo apenas atiné a decirle que no se podía traer armas a la escuela y que en general me parecía mejor evitarlas, también en la vida. Se lo dije

seriamente, mirándolo esos ojos oscuros y rasgados como ojales, siempre atentos al mundo externo, siempre observando movedizos y vivaces. Él, rápido como si hubiera ensayado mil veces esa respuesta, dijo, *Si aquel también la trae y nadie le dice nada*. Señaló a uno de los estudiantes pertenecientes a la Policía Bonaerense que, llegaba a la escuela directamente del trabajo, aunque sin uniforme. Lo señaló, no con el dedo de indicar cruzando el aire como una flecha; lo señaló con la mano izquierda completa, de perfil, como una cuchilla y un gesto terriblemente despreciativo que produjo en el rostro mordiéndose el labio inferior, levantando las cejas, arrugando la frente y echando levemente toda su cabeza hacia atrás. *¡Es su herramienta de trabajo!* Repliqué con cierto enojo. *¡La mía también!* Ángel encogió los hombros, a mí, me inundó el desconcierto y me brotó el discurso moral.

Pacientemente fui escuchando los recortes de la historia que me iba regalando; día a día sumaba una pieza que me abría otra puerta de su laberinto, que me sorprendía, que me ensañaba y me desalentaba a la vez.

Habíamos empezado la lectura conjunta de Martín Fierro. En general, a todos les gustaba, lo disfrutaban y se reían. Algunos padecían, al principio, el vocabulario; pero, poco a poco, se iban acostumbrando a él y a mi traducción instantánea, al tiempo que la trama los iba envolviendo, fagocitando dulcemente hacia su interior. Ángel leía para sí, nunca en voz alta, y yo presumía que con marcadas dificultades. Sin embargo, al llegar al episodio en el que se cuenta detenidamente cómo Fierro acuchilla al Negro pobló el aula con una risotada grosera, estentórea y feliz acompañada de un *¡Qué hijo de puta!* desbordante de admiración. El resto de los alumnos pasó velozmente del silencio de asombro a la carcajada conjunta. *¡Angel!* Grité. Y nuevamente pensé en Satanás, con cariño y desconsuelo.